

comerciales. Apenas acabó de hablar, cuando, disparados como flechas salieron del ministerio dos agentes : uno, en dirección á Vaugirard para detener al sillero; otro al convento de las Damas Hospitalarias para colocar á buen recaudo la persona del portero Francisco. Por tan inesperados caminos, la suerte de Fouché se manifestaba desde el principio de las investigaciones, colocando al alcance de su mano los elementos de una información que le permitiría llegar rápidamente al resultado apetecido.

Y mientras Villiers descendía las escaleras de *El gorro azul* acompañando á madama Lerebourg para conducirla ante su jefe, este saboreaba de antemano la áspera satisfacción de la buena marcha de las indagaciones que debían asegurarle el éxito definitivo.

CAPÍTULO XIV

— Entrad, ciudadana — dijo Villiers á Emilia abriendo la puerta de la habitación de Fouché — el ministro os espera. Y no tembléis así, que parecéis una culpable.

La señora de Lerebourg dirigió al secretario una mirada interrogatoria, pero le vió tan sonriente y tan amable como lo había sido durante todo el trayecto en el carruaje. Tal actitud pareció infundirla un poco de confianza, y afirmando su pensamiento, entró. Fouché, sentado delante de una mesa cubierta de libros y papeles, la cabeza inclinada sobre un legajo que parecía estudiar con gran interés, preguntó sin moverse :

— ¿Es la ciudadana Lerebourg?

— Sí, ciudadano ministro — respondió Villiers.

— Bien. Sentaos, ciudadana. Soy con vos al momento.

Villiers salió. Emilia se sentó en una butaca y, tímida-mente, volviéndose hacia el terrible personaje de quien dependía la suerte de Saint-Regeant, le examinó á la descuidada. La cabeza angulosa, la faz amarilla, la frente desembarazada y, sobre todo, aquellos ojos tristes, enrojecidos, ribeteados, del ministro de Policía la espantaron. « El

aspecto de este hombre, — pensó, — explica bien claramente su vida. Tanta fealdad reclamaba sangre, y se ha vengado de sus desgracias físicas en la humanidad que ha tenido á su alcance. Hará daño hasta el último momento de su vida, por el sólo placer de hacerlo, y aun se enorgullecerá de su crueldad. Es un monstruo.» El monstruo, en este momento, levantó sus ojos inexpresivos hacia la joven, y le dijo con voz tranquila :

— Madama Lerebourg ¿dónde está el señor de Saint-Regeant?

Á esta pregunta formidable, Emilia sintió que una llamada la envolvía desde las uñas de los pies hasta la raíz del cabello. Se estremeció; sus ojos erraron un momento inciertos, y haciendo un desesperado llamamiento al valor respondió con voz que no dejaba traslucir el espanto que la devoraba :

— Perdone el ciudadano ministro, pero no sé de quién me habla.

— Os hablo del señor de Saint-Regeant, que ha frecuentado vuestra casa con el nombre de Victor Leclerc, y que ha viajado por cuenta de *El gorro azul*.

— Conozco á Victor Leclerc que, en efecto, ha estado recientemente en Lión, realizando compras por cuenta de mi marido. En cuanto al señor de Saint-Regeant, no le conozco.

Fouché sonrió debilmente, y haciendo movimientos de aprobación con la cabeza, añadió :

— Señora : Victor Leclerc y el señor de Saint-Regeant son un solo y mismo personaje.

— Lo creo, ciudadano ministro, porque vos me lo decís; mas por mi parte, lo ignoro en absoluto.

— Bueno. Ya tenemos un detalle concreto. Conocéis á Victor Leclerc.

— ¿Y para interrogarme sobre un viajante de nuestra casa me habéis hecho venir aquí? — preguntó Emilia intentando limitar las preguntas de Fouché. — Vuestro enviado me había dicho...

— Mi secretario tenía orden de evitar todo aquello que pudiera perjudicaros..., un escándalo, por ejemplo... Podéis ver que he tomado respecto á este paso, todas las precauciones imaginables... Y si me dáis aquellas satisfacciones que tengo derecho á esperar de vos, mi benevolencia os amparará por completo... Yo quisiera, sin embargo, hacerlos comprender la situación exacta, con objeto de evitaros todo disgusto... No os pido más que una indicación : el sitio donde se halla en este momento Victor Leclerc, puesto que solamente á Victor Leclerc conocéis. Respondedme de una manera satisfactoria, y os relevo de todo lo demás : llamo á mi secretario, le ruego que os ofrezca el brazo, y dentro de un cuarto de hora estáis en vuestra casa. He de advertiros, además, que ocurra lo que ocurra, no volveré á pedir vuestra intervención. Jamás volveréis á poner los pies aquí, y dándoos mi palabra de olvidaros en absoluto, una remisión total cubrirá cuanto pase aquí hoy entre nosotros.

Fouché había expresado todo eso en el tono más monótono que le fué posible, sin un esfuerzo vocal, sin recalcar una sola palabra, evitando intimidarla. Y en esta placidez, en esta monotonía se revelaba una energía tan grande, que Emilia se turbara mucho menos si una tempestad de gritos y amenazas hubiera estallado en derredor. Aquella suavidad hízola experimentar la sensación del vértigo, como si penosamente se debatiera al borde de un abismo cuya profundidad espantable viera desde la altura. Emilia era valiente, y fuerte, y no se desvaneció ni desmayó. Únicamente, crispó los nervios y se apercibió á la defensa :

— No tengo derecho alguno, ciudadano ministro, para

deciros lo que me preguntáis, ni comprendo con qué derecho os dirigís á mí. Yo no soy más que una pobre mujer que se dedica á su comercio, que no se ocupa para nada de la vida de los demás, y que no tiene la misión de informar á la policía.

— Deseáis, sin duda, que os ponga al corriente de vuestra responsabilidad, y os voy á satisfacer. Pero, antes, os quiero dar á conocer los cargos que pesan sobre Victor Leclerc. Está acusado de, con ayuda de cómplices, haber intentado asesinar al Primer Cónsul, por medio de una máquina infernal.

— ¿Él? ¡Qué locura! ¡Un hombre tan correcto, tan tranquilo! ¡Un hombre incapaz de hacer daño á una mosca!

— Es posible que Victor Leclerc sea tal como decís. Mas el señor de Saint-Regeant ha matado á veinte personas, y herido á cincuenta; y ese hombre tan dulce que según vos sería incapaz de hacer daño á una mosca aunque le picase, ha reducido á pedazos á la muchachita que sujetaba por la brida el caballo en el momento de la explosión. ¡Ese es vuestro modelo de bondad! Pero no tergiverseamos. Victor Leclerc y Saint-Regeant, son el mismo individuo, y con uno ó con otro nombre, es vuestro amante.

— ¡Caballero! — protestó Emilia — ¡Si creéis que apelando á esos medios váis á conseguir intimidarme, os engaños de medio á medio! Victor Leclerc tiene relaciones comerciales con mi marido; le he visto, por junto, cinco ó seis veces, y no es mi amante ni mucho menos.

— Entonces ¿qué íbais á hacer á la calle del Dragón? — preguntó Fouché sonriendo irónicamente — ¿Era para llevarle órdenes de vuestro marido, para lo que íbais á reunirnos con él en la casa donde está escondido?

Viendo á Fouché tan cerca de la verdad, Emilia tembló. ¡Cómo! ¿Conocía la casa de la calle del Dragón y las visitas

que ella había hecho? Entonces no tenía más que alargar la mano para prender al desgraciado. Pero no; Fouché no estaba tan seguro como quería dar á entender, y la prueba era que interrogaba.

— He ido dos veces — replicó — á casa de mi modista, para comprar un sombrero que está en mi casa á vuestra disposición, si queréis verle.

— Perfectamente. Ya hemos averiguado que Victor Leclerc está en casa de una modista. Vamos desbrozando el camino.

La señora de Lerebourg hizo un violento ademán de despecho, y mirando á Fouché con tono irritado, gritó:

— ¡No respondo más! ¡Así no podréis interpretar torcidamente mis palabras!

— Entonces, señora, — contestó friamente Fouché — como yo no tengo mucho tiempo que perder, haré que os conduzcan á vuestra casa... Y el que os acompañe á vos, llevará el encargo de traerme á vuestro marido...

Emilia pegó un salto, y casi amenazando á Fouché, clamó:

— ¿Os atreveríais?

— ¡Oh, yo..., yo me atrevo siempre! Y me parece que el ciudadano Lerebourg será un poco más razonable... Cuando se vea amenazado de complicidad en un suceso tan monstruoso, sospecho que su patriotismo no le permitirá vacilar, y nos dará cuantas noticias sepa... Tengo curiosidad por saber qué pensará de ese desdoblamiento de Victor Leclerc en el señor de Saint-Regeant, y si mostrará un poco de asombro al enterarse de vuestras visitas á la calle del Dragón... De ahí, á concebir dolorosísimas sospechas...

— ¡Ah, eso es infame! — gritó Emilia fuera de sí.

Esta vez Fouché se levantó y, avanzando hacia la señora de Lerebourg, la miró de cerca con fijeza, con aquellos ojos

enrojecidos de mirada sin brillo. Después, tendiendo el brazo en ademán amenazador, exclamó :

— ¡ Vaya, terminemos ! He ensayado convencerlos por medio de la persuasión, sin lograrlo ; por medio de la dulzura, sin obtener resultado alguno. Es bastante. Ahora, os participo que si dentro de cinco minutos no me habéis entregado á Saint-Regeant, os envío á dormir á las Arrepentidas y hago arrestar á vuestro marido. ¡ Conmigo no jugáis por más tiempo !

— ¡ Yo no sé nada !

— ¡ Mentís ! Lo sabéis todo. Y lo vais á decir en seguida, miserable mujer, ó á vos y á los vuestros os mando al caldoso sin vacilación y sin piedad. ¿ Me habéis oído ?

— ¡ Matadme, pero no hablaré !

— Entonces, envío á buscar á Lerebourg, y le pruebo que sois la querida de Leclerc. Cuando esté edificado acerca de vuestra fidelidad, hablará, de eso respondo, y entregará á Leclerc y á todos sus cómplices, con regocijo, más que á paso. Pero eso no servirá para salvaros. Será demasiado tarde.

Y acercándose al cordón de la campanilla, alzó la mano para llamar.

— ¿ Mando á buscar á vuestro marido ?

Loca de dolor, Emilia gritó :

— ¡ No !

— ¿ Vais á decidiros ?

— ¿ En qué sentido ?

— Podéis escoger una de estas dos cosas : entregarme á Saint-Regeant, ó esperar á que yo llame á vuestro marido para que nos expliquemos los tres juntos.

— ¡ Ah, sois un monstruo !

— Bien ; injuriadme, no soy sensible. Pero hablad claramente.

La infeliz se retorció los brazos, víctima de una horrible crisis de desesperación, mientras corría el llanto á raudales por su rostro.

— Las lágrimas calman — observó Fouché —. Pero un minuto de enternecimiento es bastante. ¿ Dónde está Saint-Regeant ?

— ¿ Para qué me lo preguntáis si ya lo sabéis ?

— ¡ Admirable jesuitismo el de las mujeres, que siempre han de responder interrogando ! ¿ Está todavía en la calle del Dragón ? Sin duda tiene buen escondite y se cree en seguridad. ¿ Cómo se puede entrar allí ?

— ¡ Averiguadlo ! — gritó Emilia indignada — ¡ Para eso tenéis vuestros policías, vuestros gendarmes, y vos mismo !

— ¡ Pardiez ! Nada tan fácil como el registrar la casa, y aun demolerla, si es preciso, piedra á piedra. Pero tendría necesidad de poner en movimiento numerosas fuerzas policíacas, y no quiero ruido ni violencia. Saint-Regeant debe de estar armado en su escondite, y sin duda alguna tiene al alcance de la mano un par de pistolas de las que hará uso contra la fuerza pública, contra los agentes, cosa que importaría poco, porque para eso están. Lo peor es si las emplea contra sí mismo. Puede perder la serenidad, y meterse una bala en la cabeza tan pronto como oiga sondear los muros y crujir los tabiques, y si tal hace, no encontraríamos más que un cadáver. Eso no me resuelve nada.

Fouché había seguido, con la mirada puesta en el rostro descompuesto y agitado de Emilia, el efecto de sus palabras, graduadas concienzudamente, como si salieran destiladas de un alambique, para torturar el corazón de la pobre enamorada. Así la vió estremecerse de horror y casi desfallecer á la sola suposición de que podrían encontrar á Saint-Regeant muerto en su covacha de la calle del Dragón. Comprendió que, al fin, tenía en su poder, vencido y roto, el espíritu enér-

gico de su interlocutora, y se apresuró á aprovechar esta debilidad de Emilia :

— Si fuérais justa conmigo, me agradeceríais el que me tomase tantos cuidados para prender á un criminal tan grande...

— ¡ Lo hacéis por vuestro interés, verdugo, no por el suyo ! — gritó —. En este momento no tenéis más que un temor : el que se os escape. ¡ Ay ! desgraciadamente, no podría lograrlo mas que por la muerte, puesto que sois el amo de su secreto ! ¡ El cielo me es testigo de que hubiera dado mi vida por no entregarle ! ¿ Quién es el cobarde, el traidor que os ha contado lo que sabéis ?

— Un hombre que ha sacrificado su vida por espíritu de deber, y que, para mí, es un héroe.

— Uno de vuestros agentes.

— Sí. Á quien ha matado Saint-Regeant, pero que pudo hablar antes de morir.

— ¡ Ah, bien sentía yo en derredor la espantosa red de la policía ! ¡ Cada uno de nuestros movimientos contribuía á cerrar las mallas más y más ! ¡ Ahora ya estamos en el copo ! ¡ Qué angustia ! ¡ Qué vergüenza ! ¡ Expuestos á la curiosidad, al odio público ! ¡ Y no haber hecho nada para sufrir un suplicio parecido ! ¡ No, no ; antes la muerte !

Tuvo una nueva crisis de lágrimas y alzando los brazos al cielo suplicó :

— ¡ Por favor ! ¡ Tened piedad de nosotros ! ¡ Tened piedad de él !

— ¡ Vamos, calmaos ! Ya os he dicho que no tenéis nada que temer. Os he dado mi palabra, y soy hombre que sabe cumplirla. Nunca podrá sospecharse nada y vos haréis bien en olvidar á ese desgraciado que ha estado á punto de perderos.

— ¡ Eso, jamás ! ¡ Después de haberle traicionado !

— No exageréis vuestra intervención. Sabéis bien que está en mi poder y que lo único que deseo de vos es el medio de llegar hasta él antes de que tenga tiempo de ejecutar cualquier acto de desesperación. Si no me decís cómo se puede entrar en su escondrijo, tened por seguro que le matáis...

Emilia tuvo un nuevo movimiento de horror :

— ¡ Preguntádselo á la señorita Grandeau. !

— No. Puede gritar, prevenirle... debo desconfiar de ella. Vamos, ¿ está en el piso ? ¿ En un armario ?... No... ¿ En un pasillo ?... No... ¿ En la cocina ?... Sí... Vamos, así me gusta... Obtendréis de mí cuanto queráis.

— ¡ No ! — gritó ella con horror. — ¡ Nada, nada ! ¡ Al precio de su sangre ! ¡ Oh, Dios mío !... ¡ No quiero nada !

— ¡ Calmaos ! — repitió el atormentador —. Una palabra más. ¿ Por dónde se entra al escondrijo ?... ¡ Es su vida, pensadlo bien ; se trata de su vida !

Emilia cayó de rodillas contra una butaca, medio desvanecida. Fouché, inclinado sobre ella, la fascinaba con sus ojos muertos, la estrechaba con la voz llena de promesas :

— ¿ En un armario ?... Sí... ¿ Hay un resorte ?... ¿ Hay que tocar en algo ?...

Emilia, agotada, gimió :

— En la tercera balda, á la derecha.

Fouché se enderezó :

— ¡ Al fin !... ¡ Bien os habéis hecho rogar para un secreto tan insignificante ! ¡ Pero ya es mío ! Ahora, tranquilizaos.

Y miraba á la señora de Lerebourg que continuaba inmóvil, destrozada por la lucha que acababa de sostener, deseoso de desembarazarse de esta pobre criatura que ya no podía servirle de nada, verdadero girón humano desgarrado por sus manos inexorables.

— Puesto que todo ha terminado ya, señora, es preciso

que volváis á vuestra casa. Nada tenéis que temer; olvidad esta mala hora, como si hubiese sido una pesadilla y felicitaos de poder salir de aquí con tanta facilidad.

— ¡ Al precio de una cobardía ! — murmuró ella sombríamente.

— No hay cobardía en sacrificarse por el bienestar de otro. Y vos acabáis de sacrificaros para impedir que se mezcle á vuestro marido en un asunto cuyas consecuencias no puedo prever, pero que seguramente le costaría subir al patíbulo...

— ¡ He vendido á Saint-Regeant !

— ¡ Para salvar á Lerebourg ! Francamente, le debíais eso. Ahora, antes de dejaros partir, tengo que haceros algunas pequeñas recomendaciones : no habléis á nadie, ni á vuestro marido siquiera, de lo que acaba de pasar entre nosotros. No digáis una palabra sobre el asunto de Saint-Regeant, sed prudente. Estáis libre de toda molestia, pero no os lancéis de nuevo al peligro porque entonces, es muy posible que no pueda salvaros...

Tiró del cordón de la campanilla, y apareció Villiers.

— Ciudadano Villiers, acompañad á la ciudadana Lerebourg al carruaje que la ha traído, y conducidla hasta su casa. Si la ciudadana quiere apearse en el camino antes de llegar á la tienda, obedeceréis sus órdenes. Es libre de hacer lo que le plazca.

Y aproximándose á Emilia, que continuaba inmóvil, como embrutecida, la tocó ligeramente con un dedo en el hombro, y le dijo en voz baja :

— Es necesario que partáis. Componed un poco esa cara, porque si no, cualquiera que os vea os tomaría por una criminal. Adios, señora; acordaos que os quedo muy reconocido, y que si puedo seros útil, me encontraréis siempre á vuestra disposición.

— ¡ Reconocido ! — repitió Emilia lanzando una mirada furiosa á Fouché — ¡ Reconocido ! ¡ Eso me juzga y me condena ! Sí, ahora ya sé lo que he hecho, lo que me habéis obligado á hacer.

Llevó la mano á la frente, lanzó un suspiro doloroso, y viendo al secretario que la esperaba, cruzó por delante de él y salió. Si hubiera vuelto la cabeza antes de trasponer el umbral, viera á Fouché que se frotaba las manos burlonamente. Estaba ya seguro de desquitarse con Bonaparte, y todos los insolentes que habían huído de su lado como si apestara, cuando la furia del amo descargaba sobre él, se verían obligados á felicitarle. El imbécil Dubois, que no soñaba más que con la persecución de los jacobinos, iba á ser derrotado en toda la línea. En el embrollo de las conspiraciones, y en la obscuridad que á los autores del atentado envolvía, solamente un hombre había visto claro, y ese hombre era el ministro de la Policía, el mismo Fouché, él. Nuevamente se frotó las manos con regocijo, y una risa silenciosa le crispó los labios amoratados. Después se puso á pasear lentamente en el despacho, con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si meditara una importante resolución, hasta que al cabo de un rato tiró del cordón de la campanilla y dijo al uger que se presentó :

— Decid al ciudadano Foudras, que tenga la bondad de venir á mi despacho.

El comisario de policía Foudras, hombre de confianza de Fouché, era el más animoso ejecutor de todas las comisiones difíciles. Era el mismo que, engañándole con una estratagemata afortunada, había detenido á Ceracchi, armado hasta los dientes. Sabía unir la fortaleza con la maña, y casi siempre lograba triunfar en sus cometidos. Fouché, como Bonaparte, gustaba de los lugartenientes afortunados, y se servía de muy buen grado de Foudras cada vez que un

asunto algo espinoso se presentaba. El comisario dió unos discretos golpecitos en la puerta y entró. Era un hombre de treinta y cinco años, de mediana estatura, robusto, nervudo, de piel morena como un meridional. Se acercó tan silenciosamente á Fouché que se hubiera creído que calzaba zapatillas con suela de terciopelo :

— ¿Me habéis llamado, ciudadano ministro?

— Sí; tengo que confiaros una misión un poco difícil, que requiere mucha destreza.

Foudras sonrió : el haberle escogido á él era ya un elogio.

— Se trata de ir á casa de una señorita Grandeau, modista, en la calle del Dragón, y arrestar á un tal Saint-Regeant, que está allí escondido.

— ¿Podemos contar con la ayuda de la señora Grandeau?

— Tengo razones para creer lo contrario.

— Entonces, nos apoderaremos de ella en primer término, y después penetraremos en el piso. ¿Dónde encontraremos á nuestro hombre?

— En un escondite disimulado detrás del tabique de la cocina, y que se abre tocando la tercera balda, á la derecha, de un armario.

— Perfectamente.

— Una vez abierto, apoderarse de Saint-Regeant y, cueste lo que cueste, traerle vivo á la Conserjería.

— ¿Se defenderá?...

— Es probable.

— ¿Sabe que está amenazado de un arresto?

— Sabe que pesa sobre él una acusación capital.

— ¿Cuántos hombres llevaré conmigo?

— Los menos posible para no llamar la atención. Los necesarios para estar seguro de conseguir el propósito.

— Entonces, tres que yo escogeré.

— Tenéis carta blanca.

— Ciudadano ministro, si el pájaro está en el nido, dentro de dos horas le tendréis enjaulado.

Fouché dirigió una sonrisa á tan diligente subordinado :

— En cuanto hayáis terminado, avisadme.

Foudras saludó, y sin hablar una palabra más salió del ministerio. Bajó á las oficinas, pasó al puesto de guardia, y una vez informado de los inspectores allí presentes escogió tres : Pruvot, Sauvaitre y Barbade, hombres todos ellos de pelo en pecho, cuya inteligencia y cuyo vigor había tenido ocasión de probar en numerosas ocasiones. Una vez los cuatro reunidos, Foudras llevó á sus compañeros á un cafetín cercano, y mientras apuraban unas copas les explicó el plan que habían de seguir. Después llamó un coche y los cuatro se fueron á ponerle en ejecución.

Cuando descendieron ante la puerta del 35 de la calle del Dragón, se encontraron con Soufflard que no había quitado los ojos de la casa desde que Fouché le ordenara la vigilancia. El gigante fué colocado en la entrada del pasillo que á la escalera conducía; Barbade debía quedarse en la meseta de la escalera, y Foudras, acompañado de Sauvaitre y de Pruvot, llamó suavemente á la puerta. Salió á abrir la vieja sirvienta, y apenas asomó la jeta cuando Pruvot le tapó la boca con un pañuelo y casi en volandas la hizo salir al patinillo, mientras Foudras y Sauvaitre penetraban en el vestíbulo. Á la derecha, separadas por un sencillo tabique y una puerta, las operarias de Virginia Grandeau charlaban alegremente manejando cintas y sombreros. Foudras, seguido de su acólito, atravesó de puntillas por el corredor, llegó á la cocina, y de un vistazo examinó la habitación : un hornillo, el fregadero, un armario. No vaciló un momento : abrió el mueble, buscó la tercera balda á la derecha, tiró hacia sí, y el tabique giró con un crugido dejando al descubierto la entrada del escondite.

Saint-Regeant, que no esperaba á Emilia, y que sabía no debía visitarle la criada hasta la hora de comer, cuando ya las obreras se hubiesen marchado, estaba en la cama completamente vestido. Al oír el ruido de la puerta volvió la cabeza, vió á Foudras, dió un tremendo salto, y cogiendo una pistola cargada que tenía sobre la mesa apuntó al comisario sin decir una palabra.

— ¡ Rendíos ! — gritó intrépidamente Foudras — Sois el señor de Saint-Regeant y tengo tras de mí diez hombres para deteneros.

Saint Regeant era un tirador temible, como el pobre Braconneau había podido comprobar. Encañonó bien á Foudras, y respondió :

— Habéis obrado cuerdamente al traer diez hombres, porque vos, amigo, sois hombre muerto.

Oyóse un disparo que llenó de humo el pequeño recinto, pero no fué Foudras, que se había echado á tierra, quien recibió la bala, sino el agente Sauvaitre que dió un suspiro, y se derrumbó como una masa sobre el jefe. Saint-Regeant dió un brinco por encima de los dos, se lanzó pasillo adelante en medio de las exclamaciones y los gritos de espanto de las modistas, y yéndose derecho hacia Pruvot, que ocupaba la meseta de la escalera, le dió tan formidable golpe en la cabeza con la culata de la pistola, que le hizo caer de rodillas. Descendió la escalera como un huracán y á pesar de su brazo derecho herido, que llevaba colgado en cabestrillo, se dirigió á Barbade que guardaba la entrada. Un segundo disparo hizo abocinar al agente, pero al intentar trasponer la puerta de la calle se encontró cara á cara con Soufflard á cuya cabeza arrojó el pistoleta descargado. Si no hubiese estado tan desfallecido por la pérdida de sangre, quizá en el paroxismo de exaltación hubiera podido resistir la lucha, pero Soufflard le agarró por el brazo, le dió una sacudida, y el

dolor fué tan intenso que estuvo á punto de desvanecerse. Su adversario le tomó en brazos y le condujó al coche. En el mismo instante llegó Foudras, y viendo á Saint-Regeant, lívido, en el fondo del carruaje, y á Soufflard en pié ante la portezuela :

— ¿ Le has matado ? — gritó.

— No; un poco maltratado, quizá esté; pero intacto.

— Bueno. ¡ Qué furia ! Ha matado á Pruvot y á Sauvaitre y ha hecho ver las estrellas á Barbade. En fin, ya es nuestro. Monta, Soufflard, me acompañarás; unos puños como los tuyos no estarán de más con un hombre como este. Tú, Barbade, quédate, y recoge á los compañeros; luego vas á reunirte conmigo al ministerio. ¡ Cochero, á la Conserjería !

En el fondo del coche, Saint-Regeant, mudo, no había pronunciado una sola palabra. Tenía los ojos cerrados y parecía dormir.

Bonaparte acababa de comer en compañía de Josefina y de Hortensia, cuando se hizo anunciar Fouché. El Primer Cónsul, impaciente por saber qué tenía que decirle el ministro de la Policía á una hora tan desusada, ordenó que pasara en seguida.

— ¿ Qué hay, ciudadano Fouché ? — le dijo apenas asomó á la puerta — ¿ qué novedades me traéis ?

— Las que os había anunciado, general. Saint-Regeant está preso, y uno de sus cómplices también. El tercero se nos ha escapado.

— Contadme todo eso.

— Me habían informado que los autores del atentado eran tres hombres que conducían un carro tirado por un caballo blanco, y que habían sido vistos en *El león rojo*, una posada de la calle del Arbol Seco, donde cargaron el barril de pólvora que hizo explosión en la calle de San Nicasio. No podía caber duda : el caballo ha sido reconocido y encon-

trado el hombre que vendió el carro. El comprador, un tal Francisco, ó que se hace llamar Francisco, portero de las Damas Hospitalarias, ha sido encontrado también y detenido, al mismo tiempo que el tal Saint-Regeant; que se hallaba escondido en una casa de la calle del Dragón, fué reconocido, seguido, y preso. Su detención ha costado la vida á dos hombres...

— ¡Bandido! ¡ Dos víctimas más! ¡ Caro ha de pagar la sangre vertida!

— No puede negar su culpabilidad. Él mismo fué herido gravemente por la explosión...

— ¿Y herido y todo ha matado dos agentes?

— Y aporreado á un tercero.

— ¡Qué hombres! — murmuró Napoleón al cabo de un momento de silencio —. El día que yo consiguiera sumarlos á mi ejército ¡ qué cosas podría obtener de su energía!

Se detuvo, y mirando á su mujer irónicamente exclamó:

— Josefina: ahí tienes á tus realistas, á tus emigrados, á tus favoritos. ¡ Todavía vendrás á pedirme que les levante el destierro, que les deje volver nuevamente á Francia! ¡ Ahí tienes el pago que dan á las indulgencias que se les concede!

— Amigo mío, no son mucho mejores los revolucionarios.

— Estoy convencido de ello, y hasta es probable que vayan de acuerdo con los realistas contra mí. Tanto me odian los unos como los otros. No hay que descuidar las ramificaciones de ese asunto, ciudadano Fouché, y convenirá ver si hay alguna connivencia entre los vandeanos y los filadelfos...

— General, cumpliré con mi deber. Cuando la seguridad pública se halla en peligro, no conozco amigos. Pero esta vez es necesario buscar los cómplices en Normandía y en Bretaña, entre los ladrones de Frotté y los asesinos de Jorge

de cuyas bandas han salido los ejecutores del atentado. Y el hilo conductor de toda la trama está en Londres, en las manos del gobierno inglés.

Un relámpago cruzó por los ojos de Bonaparte:

— ¡ Que tengan cuidado! El día que me agoten la paciencia soy capaz de irlos á buscar hasta su isla. Lo que hizo Guillermo el Conquistador, podemos hacerlo también nosotros...

— Para eso sería necesario reconstituir la marina de guerra, general.

— ¡ Sí! Esos miserables aristócratas han coronado la lista de sus crímenes con la entrega de la flota francesa á los ingleses en Tolón. Y emigrando ellos mismos después, han dejado inútiles por veinte años las tripulaciones que podríamos embarcar en nuestros navíos. Se pueden rehacer los barcos, se puede rehacer la artillería, pero no se improvisa un estado mayor, que necesita una experiencia del mar que solamente con largas prácticas se adquiere. Podría tener buenos capitanes, pero no encontraría un solo almirante... ¡ Ah, si dispusiera de un Suffren ó de un Labourdonnais!

Se levantó de la mesa, dió algunos pasos pensativo, y volviéndose luego hacia Fouché añadió:

— Despedíos de estas señoras, y venid á mi despacho.

El ministro de la Policía se inclinó ante Josefina y ante Hortensia, y siguió al Primer Cónsul. Arrimado á la chimenea, dejando á Fouché de pie, Bonaparte dijo:

— Habéis hablado de un convento donde estaba de portero uno de los cómplices. ¿Qué comunidad es esa?

— Damas nobles que viven piadosamente en la calle de Nuestra Señora de los Campos...

— Nada de miramientos, ni de indulgencia. Arrestad á la superiora y, si es necesario, apoderaos del rebaño. No quiero

guardar consideración alguna á los santurrones emboscados detrás de un altar para asesinar-me.

— El posadero de *El león rojo* está complicado en el asunto, desde luego... Hace ya tiempo que se vienen celebrando reuniones en su casa... y allí se alojaron Jorge é Hyde cuando vinieron últimamente á París.

Bonaparte hizo una mueca, al recordar la visita de los tres realistas y las pretensiones extraordinarias que le habían expuesto.

— Arrestad también á ese posadero. En cuanto á Jorge, enviad á vuestros más hábiles agentes á Bretaña, para que le busquen... ¡ Ah, si me le pudiérais traer !

— ¡ Haría falta una mujer !

— Los medios me importan poco. ¡ Pero tener encerrado en París á ese toro, y hacerle caer públicamente en el patíbulo.. !

— Pensaré en ello.

— En cuanto á Saint-Regeant, voy á dar las órdenes oportunas para que se instruya su proceso. Es necesario que el castigo siga tan de cerca al crimen como el rayo al relámpago. Si se llega á creer que estoy desarmado, no habrá un momento de seguridad para mí. Y aún no he terminado mi misión.

Su rostro pálido se dulcificó un tanto, y dirigió á su interlocutor una mirada afectuosa y una sonrisa amable :

— Estoy contento de vos, Fouché. Me habéis servido bien, y sabré acordarme.

El ministro de la Policía se inclinó para agradecer el elogio, pensando :

— Habla ya como un soberano. ¡ Oh, no cabe duda ! Es el favorito del destino y el porvenir es suyo.

Y enderezándose, dirigió sobre el Primer Cónsul su mirada muerta, pesada como plomo, y respondió con tono casi rudo :

— Mis servicios no tienen mérito alguno, general. Me precio de conocer un poco á los hombres, y sé que el mundo será vuestro.

Y sin detenerse á ver el efecto de su adulación, salió, dejando á Bonaparte entregado al trabajo.